

ANTROPOLOGÍA

de la VEJEZ: el cuerpo negado



José Luis Vera Cortés

En las actuales sociedades industrializadas existe un verdadero culto al cuerpo. Aquel que no responde a los atributos considerados deseables o positivos, es estigmatizado socialmente. En este contexto, un cuerpo que ha envejecido se percibe como feo, enfermo, improductivo o no deseable.

Introducción

Recuerdo dos libros de grandes autores que abordan, desde su experiencia, el envejecimiento—su propio envejecimiento— y que, por su contenido, me parecen altamente contrastantes e interesantes.

El primero es del fisiólogo español Santiago Ramón y Cajal, y lleva por título *El mundo visto a los 80 años. Impresiones de un arterioesclerótico*. El segundo fue escrito por Henry Miller, y se llama *Al cumplir ochenta*.

En el primer caso, Ramón y Cajal describe el proceso físico de deterioro en el que se encontraba en 1934, cuando publicó su libro. En el segundo, Miller reflexiona sobre su vida y, con argumentos basados en su experiencia, transmite una visión optimista de su condición octogenaria.

Mientras que en el texto de Cajal se hace referencia a un proceso que es universal y que presenta pocas variaciones, el texto de Miller se refiere a su experiencia y a su contexto social. Al hacerlo, abre la puerta a la reflexión sobre cómo se envejece en Occidente, cómo se vive esta etapa de vida en otras sociedades, y cómo varía esta vivencia dependiendo de la clase social o del género.

No todas las fases del ciclo vital son experimentadas por las diferentes sociedades de la misma manera. De hecho, algunas ni siquiera son reconocidas o nombradas. Por ejemplo, mientras en nuestra sociedad la adolescencia es una etapa reconocida y caracterizada por diversas problemáticas, algunas sociedades no viven ese periodo, y no le asignan un término. Al respecto, es importante aclarar que la



pubertad es una fase biológica de desarrollo y maduración de los sujetos, mientras que la *adolescencia* se define como una fase social de inserción en un grupo cultural. Los niños de algunas sociedades pasan de la infancia a la adultez mediante un ritual de paso, sin atravesar por la adolescencia, mientras que en nuestra cultura la adolescencia es un periodo, necesariamente transitorio, claramente identificado por la sociedad y experimentado por un colectivo.

Más allá de reflexiones sobre si el proceso de envejecimiento es parte de un proceso de desgaste, y por ello la manera en que se envejece constituye una especie de “biografía” que refleja la experiencia vivida, o si –como opinan algunos– es parte de un proceso biológico programado en nuestra especie, las diferentes sociedades viven de modos distintos esa etapa de la vida.

Si bien el proceso de envejecimiento está estrechamente relacionado a un deterioro de lo corporal, sobre el cuerpo pesan valores, expectativas y construcciones de tipo simbólico que determinan que exista una significación social particular del cuerpo. Para entender mejor las diferentes maneras de envejecer, veamos cómo damos significado al cuerpo de los ancianos en nuestra sociedad, y cómo lo hacen otros grupos humanos.

El cuerpo y el envejecimiento en Occidente

Aunque pareciera que envejecer es un proceso que depende exclusivamente de una serie de fenómenos físicos y biológicos por los que atraviesa el cuerpo, reconocer la existencia de un conjunto de significados que se construyen sobre el mismo, y que derivan en la construcción de un “cuerpo social”, hace que replanteemos la trama de significados del proceso de envejecimiento.

Nuestro cuerpo es un referente obligado en nuestra forma de relacionarnos con los demás



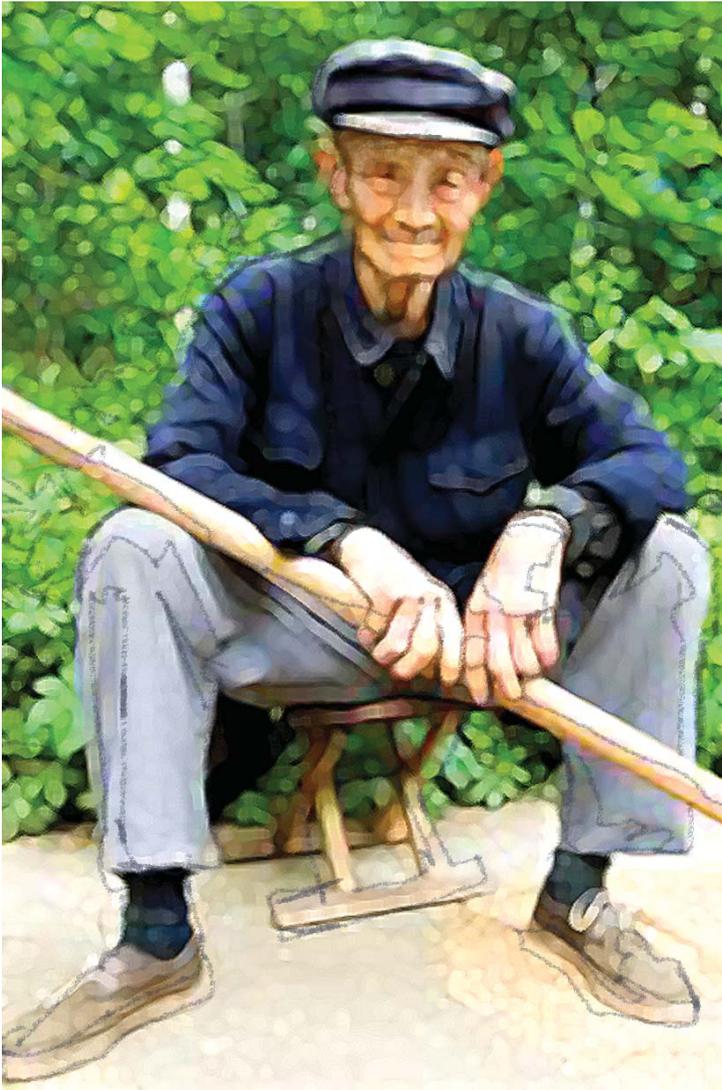
y con el mundo en general. Sobre él se tejen una gran cantidad de valores y significados que socialmente constituyen estereotipos sobre lo que es considerado bello, sano, productivo o deseable, en contra del cuerpo visto como feo, enfermo, improductivo o no deseable.

Vivimos en una época donde existe un verdadero culto al cuerpo. Aquellos cuerpos que no se “ajustan” a los atributos considerados deseables o positivos son estigmatizados socialmente. Se trata de cuerpos que sólo habitan el espacio de lo privado, de lo que no se exhibe o muestra socialmente. Son cuerpos olvidados por la sociedad, y en ese sentido son olvidados por el colectivo.

Pero, ¿cuáles son los atributos considerados deseables y por qué? Nuestra sociedad valora fundamentalmente las posesiones materiales y la capacidad para generarlas. Es decir, a la par de

que existe un culto al cuerpo, existe también un culto a la potencialidad de éste como generador de vida y como generador de bienes materiales. En otras palabras, existe un valor social que se le atribuye al cuerpo productivo, fértil, joven. Valioso socialmente por poseer o generar bienes, riqueza, vida; y ello se equipara, por tanto, a “deseable”.

De esta forma, el cuerpo del anciano es comúnmente relegado y hasta negado, desposeyéndolo de los atributos de un cuerpo con apetencias y deseos. Parecería que los ancianos no deben tener apetencias de ningún tipo. La considerada como desmesura de la carne les es negada, y confinada en todo caso al espacio íntimo y de orden estrictamente privado. Los estigmas se suman, pues en efecto hay diferencias de orden cultural en cómo concebimos el cuerpo de los hombres y de las mujeres, de forma que ser mujer y anciana implica un doble estigma.



En cualquier caso, es posible combatir el estigma, pero para un anciano la única posibilidad de hacerlo está representada por la posesión de bienes que puedan ser redistribuidos a las personas cercanas. El cuerpo no dejará de ser estigmatizado, pero el anciano no será reprobado de un modo abierto en su contexto social.

Sin embargo, hay que mencionar que los grupos humanos se reproducen, además de biológicamente, socialmente. De esta forma, al relegar al anciano se relega con él a su memoria y experiencia, mismas que representan un valor útil en la reproducción social de los grupos culturales. Es decir, al ponderar la capacidad productiva y reproductiva del cuerpo joven, se eliminan atributos importantes de los ancianos, que desempeñan un papel importante en la sociedad, ya que se trata de valores que le permiten al grupo social identificarse como tal.

Así, en Occidente, el cuerpo del anciano se convierte en un tema tabú, pues al negar su cuerpo y sus apetencias, se niega su historia, y con ello su identidad. Por ello, Occidente teme profundamente al envejecimiento, pues se trata de una etapa que va acompañada de un desvanecimiento de la presencia socialmente valorada de los cuerpos jóvenes: su potencial productivo.

Al final, el anciano interioriza el discurso social que lo margina, y se convence de que, al no ser igualmente productivo que antes, se ha convertido en un ser menos valioso, de forma que termina por automarginarse, descartando de sí mismo una serie de atributos que le dan un valor distinto, pero importante en la dinámica de reproducción social.

No obstante, el signo negativo que en Occidente estigmatiza al cuerpo de los ancianos es construido en ámbitos sociales y culturales específicos, por lo que no debería considerarse como constante para todos los grupos humanos, como sí lo es el proceso biológico del envejecimiento.

Sin embargo, con la “transición demográfica” (cada vez más ancianos y menos niños) que caracteriza a muchas sociedades, un mayor número de personas habita actualmente el llamado “continente gris” del envejecimiento.

Otras formas de envejecer

Tal vez habría que empezar por preguntarnos cuándo se es viejo en una sociedad. La respuesta tendría que estar necesariamente vinculada a los criterios específicos de cada sociedad.

Hay que notar que el envejecimiento y las edades asociadas a él en nuestra sociedad fueron prácticamente desconocidas para sociedades pretéritas, en las que la esperanza de vida era mucho menor que la actual. En algunas sociedades de cazadores recolectores, la esperanza de vida no era superior a los 40-45 años, mientras que en otras, con condiciones de supervivencia extrema, la esperanza de vida se situaba hacia los 25-30 años.

El desarrollo de la medicina y la mejora de las condiciones generales de vida han modificado radicalmente ese dato en las sociedades actuales. En ese sentido, la vejez que conocemos hoy es una creación histórica. Lo anterior no quiere decir que no haya habido viejos en etapas antiguas; sólo que su reconocimiento y problemática nos la planteamos sólo hasta hoy en día.

Es muy importante mencionar que el valor social de los ancianos dependerá de las características de las diferentes sociedades. Si nos referimos, por ejemplo, a sociedades de corte tradicional y que conservan las tradiciones identitarias del grupo, el anciano tendrá un valor especial y positivo; su memoria y experiencia serán consideradas fundamentales, pues son poseedores de un saber útil en la vida cotidiana. En sociedades caracterizadas por la constante innovación y el desarrollo, como las actuales sociedades industriales, los ancianos, al haber perdido su potencial pro-

ductivo, podrán ser relegados mediante diversas estrategias para ser recluidos o negados.

Hay que decir que este trato no es privativo de las sociedades occidentales, y que además, en Occidente mismo, dependerá de los bienes que se hayan podido atesorar a lo largo de la vida.

En actuales sociedades de cazadores-recolectores, donde la supervivencia material se encuentra constantemente amenazada, los ancianos son frecuentemente relegados por su incapacidad de participar en actividades directamente vinculadas con la apropiación del alimento, y frecuentemente son abandonados a su suerte en los constantes desplazamientos del grupo. Este comportamiento, que ha sido reportado para el grupo de los *shinón* en Bolivia, no se repite, sin embargo, para los *tiwisa* de Australia, donde los ancianos tienen notable influencia en su grupo, no por la posesión de bienes materiales, sino por su papel social en el control de las mujeres. Todo pacto social pasa por la promesa de la entrega de mujeres en edades casaderas, y los ancianos son considerados los únicos capacitados para llevar a cabo tales alianzas. Este comportamiento también ha sido descrito, con algunas modificaciones, en los *leles* del Congo.

En pequeñas sociedades tribales que basan su subsistencia material en patrones básicos de producción agrícola, los ancianos son valorados positivamente, pues se reconoce su cercanía con los fundadores del clan, y ello les faculta para participar en la repartición social de los bienes del grupo, incluida la tierra. En esos casos, los jóvenes tienen frecuentemente comportamientos de admiración y respeto para los viejos.





El valor de los ancianos dependerá también del género y de las características específicas del grupo social. Por ejemplo, en algunas poblaciones de la Guyana, donde los hombres en búsqueda de trabajo tienen mucha movilidad, los únicos miembros estables de las familias son las mujeres ancianas, y ello les confiere un alto valor social, pues se considera que son las mujeres, y particularmente las mayores, las encargadas de regular las alianzas entre los miembros del grupo.

En algunas sociedades, el hecho de alcanzar una avanzada edad se considera gozoso, sobre todo si se generó una amplia descendencia. Se convierte, por así decirlo, en el símbolo del éxito del grupo, y jamás se le apartaría de él. Ello ocurre en muchos grupos africanos en los que, por ser agrupaciones de tradición oral, los viejos representan el vínculo con el pasado y la identidad: su memoria es la única manera de transmitir saberes importantes para la reproducción social del grupo. Esta importancia ha sido menguada por la introducción de la escritura y de los libros, que hacen que los ancianos sean innecesarios para esos fines.

De hecho, en algunos grupos de Senegal, durante el bautizo de los niños se hace referencia a lo deseable de que el niño viva mucho tiempo y acumule tanta inteligencia que su cabeza florezca y no pueda caminar más.

De este modo, el proceso de envejecimiento en las diferentes sociedades involucra al menos dos niveles de análisis en el ámbito social: el primero de ellos descriptivo, donde se reconoce el proceso de deterioro de algunas cualidades físicas, y un segundo nivel de corte fundamentalmente valorativo, en el que sobre ese cambio se emite un juicio de valor, basado en los atributos culturales específicos de los grupos humanos.

En todo caso, como afirmaba Marcel Proust, tener cuerpo es la gran amenaza para el espíritu.

José Luis Vera Cortés es antropólogo físico por la Escuela Nacional de Antropología e Historia y doctor en filosofía de la ciencia por la Universidad de Valencia. Es investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia y autor de diversos artículos y de los libros *El hombre escorzado. Un estudio sobre el concepto de eslabón perdido en la evolución humana* y *Las andanzas de caballero inexistente. Reflexiones en torno al cuerpo y la antropología física*.
zeluismx@yahoo.com



Lecturas recomendadas

- Le Breton, D. (1995), *Antropología del cuerpo y modernidad*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Miller, H. (2004), *Al cumplir ochenta*, México, UNAM.
- Minois, G. (1989), *Historia de la vejez. De la Antigüedad al Renacimiento*, Madrid, Nerea.
- Ramón y Cajal, S. (1934), *El mundo visto a los ochenta años. Impresiones de un arterioesclerótico*, Madrid, Maxtor.
- Vera, J. L. (1999), "Los estigmas del cuerpo", *Longevidad*, año 1, núm. 4, pp. 11-13.